

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Siguen siendo — como en tiempos de D. Ramón de la Cruz — las horas de la mañana las predilectas del Rastro. Para *rastrear* hay que madrugar, con lo cual está dicho que los durmientes crónicos no rastreamos jamás cosa alguna que valga media peseta.

Si se han de conseguir en el Rastro *lances* y *gargas*, es preciso ir muy temprano, dicen todos los expertos é inteligentes; llegar á tiempo de espumar la olla, que á las nueve ó diez de la mañana ya está espumada por los innumerables prenderos, aficionados, curiosos, coleccionistas y maniáticos que allí se descuelgan á pescar en el sucio y revuelto oleaje de las tiendas, tinglados, tenderetes, barracas y puestos que forman el Rastro y sus Américas famosas — las únicas Américas que nos quedarán bien pronto á los españoles, por las trazas. — Los que vamos á eso de las once ó doce de la mañana, antes ó después de la misa, sólo encontramos ya polilla, polvo, mugre, usagre, moho, orín, trapos y ferranchos viejos. ¿Es que antes había existido otra cosa? Aquí entran mis dudas. No me atrevería á jurar que sí ni que no.

Está, en efecto, tan rebuscado, apurado y aquilardado todo, que si alguna verdadera obra de arte, algún cuadro de mérito, algún libro raro saliese á los puestos del Rastro, antes de aparecer desaparecería. Dicese — es la leyenda que se oye repetir por todas partes con eco misterioso — que antaño el Rastro era como esos remolinos del mar, donde entre algas, conchas, arena y lodo se enredan y depositan joyas magníficas y vasos de precioso metal, despojos de naufragio, y donde el buzo encuentra tesoros que le enriquecen para toda su vida. No dudo que esta leyenda se funde en la verdad, y sólo por ella se explica que personas de muy escasa fortuna hayan reunido, á mediados de este siglo, notables colecciones que representan un valor de muchos miles de duros. Con paciencia é inteligencia, en el Rastro se encontraba de todo. Hoy se han abispado tanto los anticuarios, al olor del dinero de los extranjeros, que apenas asoma en el Rastro cualquier fruslería de algún mérito, la arrebatan, y allí sólo queda lo desechado; lo que no llena las condiciones del arte.

Así y todo, el aspecto del Rastro es pintoresco en grado sumo. La Ribera, con su violento declive, parece un torrente que arrastra en sus ondas los despojos de una inundación. Los puestos y baratillos atraen la mirada, solicitando la curiosidad con las mil futesas que se hacinan en sus mostradores. El carácter dominante de la mercancía del Rastro es estar amontonada y exigir del comprador un trabajo de registro y expolio, que presta á la adquisición algo de los encantos de la caza ó la pesca. Yo creo que el atractivo del Rastro consiste en eso. El comercio moderno ha simplificado de tal suerte las compras, que ya no son divertidas. Con el precio fijo ha desaparecido la emoción del regateo. Con la claridad, limpieza y orden de los establecimientos actuales, el comprador no se siente explorador: una breve exhibición, un seco «*Envíemelo usted,*» y ya está. No así en el Rastro. Allí todo se discute, todo se mira y remira, todo se reduce á la mínima expresión de dinero: trasto hay por el cual piden ciento y

que os lleváis á casa en diez, porque probablemente ni aun vale cinco; y se ajusta hasta la conducción, recargada *à priori* y rebajada *à posteriori*, lo mismo que las demás cosas...

¡Trozo de Madrid típico y animado y castizo, á pesar del transcurso del tiempo y la mano niveladora de la civilización! A dos pasos del Rastro está el mercado de la Cebada, siempre inundado de sol, siempre alborozado por la greguería y los pregones de las vendedoras, y en que las notas gayas y alegres son las banastas de naranjas y los haces de flores, vendidas al peso como la legumbre. Sin transición se pasa del mercado bullanguero al otro mercado, más grave y flemático — desde los comestibles, que son necesarios para la vida, hasta los trapos, guñapos y trastajos, que suelen ser inútiles. — Los vendedores del Mercado apuran al comprador, le llaman, le incitan, le ofrecen su mercancía, que no puede aguardar; los del Rastro los ven pasar en silencio, con una especie de apatía desdeñosa: raro es el que se molesta en dirigiros la palabra, en incitaros á entrar en su tenducho: ya entraréis, si os da la gana; ya volveréis, si sois de ley...

En cambio, cuando os decidís á entrar, los del Rastro os reciben mejor, mucho mejor que las plateras. Éstas, á la primer palabra del regateo, suelen espetar una fresca ó una injuria. Los otros os acogen con la grave cortesía del pueblo español no maleado aún por el bárbaro *sans façon* chulesco: os ofrecen asiento, os permiten mirarlo y examinarlo todo, y sin señal de desconfianza os dejan solos ante los cajones llenos de chucherías. La confianza, en el Rastro, ha llegado á constituir una segunda naturaleza; allí todo está abierto, todo tirado por los suelos y el arroyo, todo á la vista, y los prenderos confiesan ingenuamente que ni saben lo que tienen, ni llevan cuenta, ni se precavan de nadie. Aunque no os conozcan y no saquéis dinero, se empeñan en entregar lo comprado. «Ya volverá usted... cuando pueda... y no se moleste en bajar por tan poca cosa...» Apenas se da caso de que uno del Rastro haga facturas por escrito: los contratos son verbales, y son sagrados. Si algún prendero exige *señal*, es porque sin la *señal* no se juzgan comprometidos á reservar el objeto que elegisteis. Hay cierta hidalguía, que aún huele á tradición, en esas humildes Américas, atestadas de restos y reliquias de pasadas grandezas y desvanecidos bienestares...

Allí se encuentra de cuanto Dios crió «excepto de lo que se necesita,» suelen decir los maliciosos y los enemigos de las compras «de lance.» Es muy cierto que de todo se encuentra; pero, generalmente, descabulado y faltoso, ó por lo menos disparejo. Si hay unos bonitos gemelos de teatro casi nuevos, milagro será que conserven su caja; si parece un buen instrumento de geodesia ó de física, el diablo que averigüe adónde habrá ido á parar el estuche; si pescáis una graciosa figurita de una pastora de porcelana, sabe Dios dónde se estará el pastor; si descubris un cuadro regular, busca el marco. A los libros ha de faltarles la portada, ó el colofón, ó las dos cosas, amén de varias hojas que volaron, sin duda en otoño; las esculturas carecen de dedos, ó de pies, ó de brazos, ó de pedestal; los abanicos, de tornillo y varillas; las cómodas, de tiradores; un zarcillo anda suelto; á un brazaletes le arrancaron las piedras; á San Antón le quitaron el *yankee* (frase textual, y no mía); á Santa Teresa la desplumaron; y necesitáis pasar una mañana escudriñando si habéis de encontrar algo casado en las Américas — pues allí la soltería de los objetos es la ley general; ¡no he visto oposición como ella al sacramento del matrimonio!

La extremada confianza de los prenderos y baratillos no se altera por los frecuentes robos que se cometen allí. Casi en mi presencia desaparecieron no ha muchos días, de una barraca de las Américas, dos candelabros de bronce, dicen que bastante voluminosos, que un *vivo* se llevó ocultos bajo la capa. Las capas son, como en los tiempos del sainetero D. Ramón de la Cruz, las encubridoras y disimuladoras de las picardías. Dos candelabros de bronce no son una baratija; ya hacen bulto. Sin embargo, delante de las mismas narices del dueño los afaná el ladronzuelo, fingiéndose curioso, distraído y receloso de las pulmonías. ¡Lo que son las casualidades! Puede que no hubiese en todo el Rastro otra pareja, otro casamiento verídico, sino el de los candelabros en cuestión, que su malaventurado poseedor auguraba ser «de estilo Luis XV.» Por eso quizás volaron; por lo de casados, quiero decir. Como que les molestaría ser los únicos unidos legalmente, allí donde todo anda suelto, señero y libre, ó á lo sumo «casado sin dispensa.»

Hay una parte del comercio del Rastro que da mucha luz sobre las miserias y estrecheces de infinitos habitantes de la villa y corte. ¿En qué estado de

inopia, en qué apuros se verá el que baja al Rastro á comprar un par de botas ó de zapatos de lance? Hay que ver ese calzado para compadecer al que, de madrugada y con la minuciosidad del que adquiere sin tener dinero más que para la indispensable adquisición, va examinando uno por uno los deteriorados pares, ya torcidos, ya rotos, ya agrietados, ya limados y apurados hasta lo inverosímil, con los cuales espera remediarse un infeliz, más pobre que el que desechó las miserias *cañotas*. Hay pares de calzado á dos, á tres, á cuatro reales — y los hay que por diferencias de céntimos se dejan y se toman. — Al pasar lo más lejos posible de tan repugnante mercancía, se experimenta compasión pensando cuántos y cuántos la aprecian y la buscan para no andar con las plantas de los pies sobre los duros guñaros.

Y lo mismo sugieren las prendas de ropa. Tanto gabán raído y grasiento; tanto pantalón desflechado; tanto chaleco hecho trizas; tanto sombrero apabullado y sin cofia, tienen quien los ferie, tienen quien los codicie, tienen quien los pague con el fruto de su sudor y de su trabajo á las altas horas de la noche. Tal cual son las destrozadas prendas, espantan el frío y cubren las carnes, y acaso preservan de la traidora pulmonía ó del insidioso reuma á su dueño. Acaso los primorosos abrigos que expone en su escaparate Isern, acaso las blandas pieles que se exhiben en la calle del Carmen, no son tan apetecidas como los guñapos que se columpian al sol en el Rastro...

A cada uno de esos despojos le llega su San Martín. No hay cosa que no se venda, á la corta ó á la larga. Lo mismo el anticuado chirimbolo ó el broche de pedrería falsa, que el arma herrumbrosa y el telescopio inglés pasado de moda y contemporáneo de los descubrimientos de Herschell..., encuentran su parroquiano y desaparecen del Rastro al fin. ¿Qué diréis que he visto *despachar* no ha muchos días? Un sombrero de señora, un sombrero elegante, que á nadie se le ocurriría que iba á saltar en tales sitios. Y forcé en mi mente una historia: la esposa que compra el sombrero muy caro; el marido que se enoja y censura; la mujer que revende en dos duros lo que le costó quince ó veinte; la prendera, que á la otra semana, lo cede por cinco á la modista que otra vez se lo emboca á una *lionne*, la cual ni aun sospecha que el remate de su esbelta figura estuvo en el Rastro en compañía de una silla paticoja, una artesa rota y un sofá con hernias de cerro...

EMILIA PARDO BAZÁN